



COSECHADOR DE SANGRE

AARON DEMBSKI-BOWDEN

PROPIEDAD DE
SCYLA EDITORES

timun**mas**



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

Sin embargo, incluso en su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta existente entre las lejanas estrellas.

Su ruta está señalada por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en su nombre en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos.

Sin embargo, a pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes... y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos.

Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

PRÓLOGO

UN ÁNGEL CRUCIFICADO

El guerrero hizo girar su casco entre las manos. Las yemas blindadas de sus dedos acariciaron los arañazos y muescas que mancillaban la ceramita de color medianoche. La placa facial estaba pintada de blanco con la meticulosidad de un artesano y conformaba la imitación estilizada de una calavera humana. Una de las lentes escarlata estaba hecha añicos, entretejida de grietas. La otra tenía la mirada clavada en las alturas, sin vida al estar desactivada, mientras reflejaba un cielo que ya se oscurecía.

Se dijo a sí mismo que aquello no era simbólico; los daños de su yelmo no reflejaban el daño que había sufrido su legión. A medida que sofocaba tales pensamientos, se preguntaba de dónde habrían salido éstos. La guerra tenía el hábito recurrente de avivar las brasas de la melancolía, pero eso era irrelevante. Había que trazar unos límites.

El guerrero tomó aliento, y tras sus ojos cerrados danzaron y sangraron unas criaturas inhumanas. Había estado soñando con los eldar últimamente, durante los meses previos a poner el pie sobre este mundo desolado. Se contaban por millares: cosas larguiruchas de rostros demacrados y ojos hundidos, a bordo de una flamígera nave de velas negras y hueso falso.

—Cazador de Almas —lo llamaron.

El tono de voz con que su hermano pronunciaba aquel nombre no dejaba claro si se trataba de un mote o un título honorífico.

El guerrero se volvió a poner el casco. Una de las lentes titiló al acti-

vase y bañó el entorno con el rojo asesino de su visión de adquisición de blancos. La otra mostraba una furibunda estática gris, así como la distracción que suponían las imágenes residuales que derivaban del retraso en la entrada visual. Ésta todavía se hacía eco de la difuminada y descolorida escena de la puesta de sol unos pocos segundos después de que el guerrero le hubiese dado la espalda.

—¿Qué? —preguntó.

—El ángel está sucumbiendo.

El guerrero sonrió al tiempo que desenvainaba el gladio que llevaba en la greba. La luz diáfana del ocaso se reflejó a lo largo del filo de la espada en cuanto el acero se encontró con el gélido aire.

—Glorioso.

Crucificar a uno de los astartes imperiales había sido una presunción deliciosa que bien servía como medio para alcanzar un fin. El guerrero en cuestión pendía laxo de los brazos e inmerso en la agonía, aunque continuaba negándose a que sus labios rajados pronunciaran ni una sola palabra. «Los Ángeles de la Muerte del Emperador —el guerrero sonrió—. Estoicos hasta el final.»

Al no tener clavos de hierro a mano, subirlo hasta ahí arriba requirió cierto grado de improvisación. En última instancia, el líder ordenó a sus hombres que crucificasen al ángel cautivo contra el fuselaje del tanque de la escuadra y que, para cumplir con la tarea, le empalasen los miembros con los gladios.

La sangre seguía derramándose sobre la cubierta con líquida percusión, aunque hacía rato que había cesado de manar con la avidez propia de la lluvia. La fisiología de los miembros del Adeptus Astartes, a pesar de que éstos gozaban de la inmortalidad escrita en sus genes, albergaba una cantidad finita de sangre.

A los pies del prisionero crucificado reposaba un casco. El Cazador de Almas apartó de golpe otra oleada de reflexiones inoportunas al ver un yelmo tan parecido al suyo, distinto sólo por los colores a los que éste había jurado lealtad y por el linaje al que estaba vinculado. Sin sentir verdadera inquina, lo aplastó con la bota. Cuán pertinaces e insípidos que eran los zarcillos de la melancolía, últimamente.

El guerrero cautivo alzó la vista y mostró unas facciones que la atrocidad

obra de los cuchillos había mutilado. Su armadura era de ceramita pintada de dos colores: uno azul vivo y el otro blanco puro, y su superficie estaba agujereada y agrietada alrededor de las espadas cortas que lo atravesaban. Su cara, antaño tan orgullosa y adusta, era un despliegue de venas al aire y de varias capas de musculatura sanguinolenta. Hasta le habían cortado los párpados.

—Salve, hermano —el guerrero saludó al prisionero con cortesía—. ¿Sabes quiénes somos?

En cuanto la resistencia del ángel sucumbió, la confesión no se hizo esperar. El otro guerrero se acercó, y la pregunta que susurró por el altavoz del yelmo rasgó el aire entre ellos. El guerrero casi pegó la placa facial al rostro despellejado del ángel; la escena era la de dos cráneos que se miraban el uno al otro bajo la puesta de sol.

—¿Dónde está Ganges?

Mientras sus hermanos se preparaban, el guerrero observaba arder la fortaleza en el lejano horizonte, pendiente de cómo devoraba ésta el mundo a su alrededor. Se trataba de una extensión de torres y plataformas de aterrizaje cuya oscura mole engullía el terreno a la vez que asfixiaba el cielo con su aliento humeante. Y sin embargo, dicho bastión no les había brindado casi nada que valiera la pena una vez que quedó expuesto a las manos ansiosas de botín. ¿Para qué atacar un mundo si la única reserva de recursos ya estaba agotada? Piratear sin sacar provecho no era más que mendigar.

Era poco digno. Ah, sí. Y bochornoso.

El guerrero miraba las almenas con atención; un precario baluarte en un mundo sin vida del que se había apropiado un capítulo cuyos miembros se hacían llamar a sí mismos «los Marines Errantes». Un asalto en pos de armas; de suministros; de preciada, pero que muy preciada, munición... desaprovechado. Esto se debía a que las propias cruzadas del capítulo habían agotado del todo sus reservas, por lo que no habían dejado más que las sobras para las avariciosas manos de la VIII Legión.

La fortaleza había caído en un solo día y había ofrecido muy poca resistencia. Los servidores y acólitos del Mechanicum, ataviados con túnicas, irrumpieron en los bancos de datos del bastión casi abandonado, aunque lo único que descubrieron fue lo mismo que ya sabían todos los guerreros:

el ataque había sido un despilfarro de sus menguantes reservas de munición. Los Marines Errantes ya no almacenaban aquí su armamento.

—Las cosas han cambiado desde la última vez que navegamos por estas regiones del espacio. —El Elevado se dirigió a su tripulación con voz rugiente. Tal confesión le dolía a él tanto como les dolía a todos los demás—. Hemos arrojado nuestras últimas lanzas... para conquistar un cascarón vacío.

No obstante, las ascuas de una posible oportunidad aún ardían en medio de la amargura de la desesperación y la decepción. Una palabra surgía una y otra vez en los flujos de datos: «Ganges.» Como muestra del vínculo entre los Marines Errantes y el Mechanicum de Marte en este sector del espacio, un puesto fronterizo en el vacío profundo tenía la responsabilidad de proveer a la armería del capítulo de cuantiosas existencias de materias primas. Los Marines Errantes, en sus orgullosas armaduras de azul oceánico y blanco marmóreo, mantenían el orden y la justicia en el subsector destruyendo a los piratas, fueran humanos o alienígenas. Al proteger los intereses del Mechanicum, se habían ganado la alianza con Marte; al conseguir tal alianza, se aprovechaban de una parte de la prolífica producción de municiones del Mechanicum. Un ciclo de simbiosis que se veía impulsado por el interés mutuo.

El guerrero admiraba eso.

La prioridad principal consistía en localizar aquella refinería en el espacio profundo, que eludía a todo aquel que quería encontrarla. Custodiada por encriptaciones infranqueables, la única cuestión realmente prioritaria resultaba incognoscible para todos ellos.

Los pocos prisioneros que habían capturado del monasterio vacío fueron de escasa ayuda en lo que a información se refería. Ayudantes humanos, servidores lobotomizados, siervos del capítulo... Ninguno de ellos sabía la posición de Ganges en el espacio. Aquellos pocos guerreros que habían defendido este mundo inútil habían muerto bajo las espadas y los bólters de los hermanos del Cazador de Almas, y se habían abrazado a la muerte como si ésta fuera un honorable sacrificio antes que arriesgarse a que los capturasen y profanasen.

El último defensor todavía respiraba cuando acabaron. El guerrero tenebroso lo había arrastrado hasta las llanuras de ceniza para que lo des-pellejasen bajo el sol poniente.

Incluso ahora, el miembro de los Marines Errantes seguía respirando, aunque no por mucho tiempo. Le había revelado a la VIII Legión todo lo que ésta necesitaba saber.

Ganges. Asaltarla cosecharía riquezas mucho más suculentas.

En la órbita, el sol del sistema Vectino era un orbe gigantesco, de fuego intenso y fuerza desmedida. En la superficie del tercer mundo, era un ojo lacrimoso cerrado por la polución que bloqueaba la mayor parte de su brillo. El guerrero lo observó a medida que se ponía detrás del bastión en ruinas.

Unas ondas de frecuencia crepitantes transportaron la voz hasta sus oídos.

—Cazador de Almas —lo llamó ésta.

—Deja de llamarme así.

—Disculpa. Uzas se está comiendo la semilla genética del marine errante.

—¿El marine errante está muerto? ¿Ya?

—No del todo. Pero si deseas ejecutarlo tú mismo, es ahora o nunca, porque Uzas está haciendo un desastre.

Talos negó con la cabeza, a pesar de que allí no hubiera nadie para verlo. Era consciente de la razón por la que su hermano le preguntaba aquello: había sido el guerrero de los Marines Errantes quien le había disparado con el bólter a corta distancia, lo que le había roto el yelmo y estropeado la placa facial.

La venganza, incluso una venganza así de mezquina, resultaba tentadora.

—Tenemos todo lo que necesitamos de él —aseveró el guerrero—. Deberíamos volver pronto a la nave.

—Lo que tú digas, hermano.

El guerrero contempló las estrellas mientras éstas abrían los ojos, que apenas perforaban la capa de nubes, como si se tratara de poco más que de alfileres de luz pálida. Ganges estaba ahí fuera y, con ella, la oportunidad de volver a respirar sin dificultad.



ECOS

La nave permanecía en silencio mientras la chica caminaba por la telaraña de corredores.

Aquello no se debía, en realidad, a la falta de sonido, sino más bien a una presencia que recorría como un espectro los pasillos de hierro negro. Habían pasado tres días desde que el *Pacto de Sangre* hubiera navegado por última vez con energía suficiente. «La cacería», lo llamaban ellos en su idioma sibilante. Así se referían a este éxodo por el vacío a medida que se acercaban al objetivo con el silencio que suponía la falta de energía, sin que nadie los viera u oyese. La cacería.

Octavia lo llamaba «la espera». Para un navegante, nada resultaba más tedioso que eso. El fuselaje todavía crepitaba mientras el acero maltratado se asentaba, pero los sonidos de la tripulación estaban más ausentes que nunca. Y es que quedaban tan pocos...

Uno de sus ayudantes le pisaba los talones mientras ella se alejaba de su cámara. Se trataba de una figura desgarrada ataviada con una túnica y cuya silueta jorobada había cedido más de la mitad del terreno a unos implantes biónicos rudimentarios.

—Ama —susurraba él, una y otra vez—. Ama, ama. Sí. Ama. Yo sigo a la ama —aquel ser no parecía ser capaz de levantar la voz más allá de un susurro.

Octavia estaba aprendiendo a hacer caso omiso de aquellas molestas criaturas. Éste era uno de los más feos de la manada de hombres y mujeres

potenciados que le profesaban servidumbre. Su altura no sobrepasaba el hombro de la chica, y tenía los ojos cosidos con puntos de sutura gruesos y en absoluto sutiles. Fueran cuales fuesen las modificaciones que habían realizado sobre su cuerpo, éstas zumbaban, chasqueaban, traqueteaban mientras el ser caminaba con sus andares contrahechos.

—Ama. Hay que servir a la ama. Proteger a la ama. Sí. Todo eso.

El ser tenía la cabeza alzada y la miraba con su rostro sin ojos, aunque era capaz de verla por medios que ella no estaba segura de querer comprender. Parecía esperanzado, por estrambótico que aquello fuera. Era como si quisiera que lo elogiasen por arrastrar los pies a su lado y por chocar de vez en cuando contra las paredes.

—Calla —le pidió de forma bastante educada, dadas las circunstancias.

—Vale —accedió el jorobado—. Sí, ama. Me callaré por la ama. Sí. Ya me callo.

Bueno, había merecido la pena intentarlo.

—Por favor, regresa a la cámara —le rogó, y hasta sonrió con dulzura—. Volveré pronto.

—No, ama. Debo seguir a la ama.

La respuesta de la chica fue un resoplido en absoluto femenino mientras sus botas seguían resonando por el suelo de cubierta metálica del pasillo. Sus reflejos los siguieron cuando atravesaron una sección reflectante del fuselaje de acero. Octavia no pudo resistir la tentación de mirarse a sí misma, a pesar de que sabía que lo que iba a ver no le gustaría.

Lo que vio fue un andrajoso pelo negro, cuyos enredos había podido domesticar, tan sólo en parte, mediante una deshilachada coleta. Vio piel pálida, poco saludable y a la que no le daba el sol. El perfil de su mandíbula lucía una magulladura tenue que no recordaba haberse hecho, y sus harapos estaban embadurnados de aceite y de la suciedad típica de las cubiertas; todo ello sobre el áspero tejido teñido del azul de la medianoche de su mundo natal, Terra. Si sus prendas hubiesen estado más limpias, habrían podido considerarse un uniforme: el atuendo de la casta de esclavos de la nave, que colgaba de su esbelta silueta, holgado y sucio.

—Qué bella flor —le reprochó a su desgarbado reflejo.

—Gracias, ama.

—Tú no.

Su acompañante pareció reflexionar sobre eso durante un momento.

—¡Ah!

En la lejanía, unos sollozos apagados interrumpieron cualquier otro posible comentario. Transmitían una emoción humana, desamparada, sin retazo alguno de maldad. Una niña. El sonido se desplazaba de forma extraña por el pasillo y resonaba a lo largo de las paredes de metal.

Octavia notó que se le ponía la carne de gallina. Miró atentamente pasillo abajo y se esforzó por discernir algo en medio de aquella oscuridad que su lámpara de mano apenas podía penetrar. El haz de luz daba estocadas a diestra y siniestra, apuñalando la estancia con su débil brillo. Su búsqueda tan sólo se topó con las paredes de metal desnudo, hasta que la luz no pudo alcanzar más allá del largo corredor.

—Otra vez no —susurró ella, antes de pronunciar un dubitativo saludo.

No hubo respuesta.

—¿Hola? —probó otra vez.

El lloriqueo de la niña cesó y se desvaneció mientras el eco de la voz de Octavia se propagaba.

—Hola, ama.

—Que te calles ya.

—Vale, ama.

Ella tragó pesadamente y su garganta emitió un ruidito seco. No había niños en la nave. Ya no. Octavia se dispuso a coger su comunicador de mano, y casi pulsó la runa de «enviar». Pero ¿para qué? Septimus no estaba en la nave. Ya llevaba fuera casi dos meses y la había dejado sola.

Octavia le chasqueó los dedos a su... ¿sirviente? ¿Ayudante? Cosa.

Él alzó su mirada ciega hacia ella. La chica no lograba entender demasiado bien cómo era capaz de mirarla de forma tan adorable aunque tuviera los ojos cosidos.

—Vamos —apremió Octavia.

—Vale, ama.

—La has oído, ¿no? A la chica, digo.

—No, ama.

La navegante encabezaba la marcha mientras se alejaban cada vez más de su cámara. Según caminaban, él se toqueteaba los sucios vendajes que le cubrían las manos, pero no dijo nada más. A veces, en las profundidades de la nave, los sonidos resonaban por el costillar del fuselaje: los martillazos de las herramientas de un maquinista o los golpes sordos de las botas

sobre el metal varias cubiertas más arriba. A veces oía voces amortiguadas, que sonaban sibilantes por la lengua de asesinos en la que se expresaban. Desde que la habían capturado, le había costado aprender hasta las reglas más básicas del nostramano. Al escucharlo, éste sonaba tanto melifluo como seductor. La cosa cambiaba mucho cuando se aprendía. En esencia, el nostramano era una pesadilla de palabras complejas y de construcciones enrevesadas que estaban relacionadas de manera muy vaga, y eso ya era ser generosos, con el gótico. Ella sospechaba que, a pesar de los agradables elogios de Septimus, lo pronunciaba todo mal, y además estaba bastante segura de que el vocabulario que había aprendido hasta el momento no habría enorgullecido ni a un niño especialmente duro de mollera.

Prosiguieron la marcha por las tinieblas y se aproximaron al final del pasillo. En la oscuridad que tenían delante, allí donde el pasillo se ramificaba en un cruce, una silueta pasó como un borrrón de un lado al otro. Aquello se había cruzado a la carrera en su camino: demasiado frágil y bajo como para ser un adulto, demasiado diminuto como para ser siquiera una aberración como su ayudante. Octavia captó un fogonazo de ropa azul antes de que la silueta se hubiera ido. La chica oyó sus rápidas y suaves pisadas mientras se alejaba a toda prisa por el otro corredor.

De nuevo volvió a oír los sollozos infantiles: los delicados lloriqueos de un niño que trata de aguantar el dolor.

—¿Hola?

—*Ashilla sorsollun, ashilla uthulun* —le respondió la niña, a la vez que el sonido de pasos apresurados se desvanecía.

—Creo que me vuelvo a la cámara —murmuró Octavia en voz baja.



LA ESTACIÓN GANGES

Una esquirra de medianoche vagaba a la deriva con los motores apagados, sin delatar en absoluto su presencia.

En medio del vacío giraba un mundo cuyo rostro sin nubes era de piedra gris y continentes sin vida. Bastaba con echar un único vistazo, por inexperto que uno fuera en la materia, para ver el potencial de esa roca; no para albergar vida, sino para proveer a una especie que dominaba la industria de sus valiosísimos minerales.

La única evidencia de la presencia de seres humanos pendía de la órbita: una vasta plataforma de gris metalizado, cuyos brazos de atraque vacíos intentaban alcanzar el espacio. La palabra «GANGES» estaba estarcida a lo largo del fuselaje de la estación en gótico alto imperial. La esquirra de oscuridad a la deriva se acercó todavía más a ella, tan desapercibida para los escáneres astrales como para el ojo desnudo. En el interior de su cuerpo, similar a una cuchilla, una máquina comenzó a chirriar.

Maruc se dejó caer con pesadez sobre el sofá, sin mayor pretensión que la de dejar de moverse. Durante un breve instante, eso fue más que suficiente. Ni siquiera se molestó en quitarse las botas con sendas patadas. Los turnos de dieciséis horas no eran lo peor de los trabajos forzados que realizaba, pero estaban cerca de serlo. Inspiró profundamente una bocanada del aire cargado de su cápsula habitacional hasta que le dolieron las costillas. Apestaba a cartones de comida que debería haber tira-

do hacía días, así como a la omnipresente sugerencia de unos calcetines sin lavar.

Hogar, dulce hogar.

Para cuando el suspiro acabó de abandonar sus labios, ya se estaba frotando los ojos con los pulgares, masajeándolos en un intento de aliviar algo el escozor que conllevaba haberse pasado todo el día atento al curso de las traqueteantes cintas transportadoras. Con el dolor de oídos no pudo hacer nada. Eso tendría que quedarse.

Dejando escapar un lamento exagerado se volvió para alcanzar el mando a distancia, que yacía en pedazos sobre el suelo. Unos pocos chasquidos después pudo ensamblarle otra vez el cargador de la batería. Apuñaló repetidamente el botón de encendido con la yema del dedo, sabedor de que éste se percataría de sus intenciones tarde o temprano. De milagro, esta vez sólo le llevó unos pocos segundos. La pantalla empotrada en la pared opuesta parpadeó llena de vida.

Bueno, más o menos.

Mostraba la típica distorsión irregular que delataba que se trataba de algo mucho peor que una mala sintonización. Un problema técnico, quizá. Sin imagen, sin sonido, sin nada. No es que el ciclo eterno de sermones, necrológicas y avisos de seguridad de Ganges fuera demasiado emocionante, pero siempre era mejor que ver únicamente estática.

Le dio un toquecito al botón del volumen. El silencio se transformó en un siseo susurrante de interferencias inarticuladas, incluso a la máxima potencia. Maravilloso. No, en serio. Sencillamente genial. Como si tuviera los créditos suficientes para llamar a los servidores técnicos otra vez. Qué bonito.

Dejó escapar el mando de sus dedos manchados de aceite al suelo, donde volvió a separarse en diferentes piezas al instante. Después, le espetó un sonoro «¡a la mierda!» a la cámara habitacional vacía, decidió que estaba demasiado cansado como para molestarse en desplegar el sofá cama y emprendió la tarea de dormirse para escapar de un día inútil de una vida cada vez más inútil.

¿Estaba orgulloso? No. Pero «sólo» siete años más de esto, y tendría suficientes ahorros como para largarse de Ganges de una vez por todas y coger una lanzadera a otra parte, otra parte con un porvenir más halagüeño. Habría ingresado en la Guardia Imperial si no estuviera cegato perdido. Pero lo estaba, por lo que no lo había hecho.

En vez de eso, trabajaba en las cintas transportadoras de la cadena de montaje de Ganges, mientras suspiraba por culpa de un trabajo considerado demasiado mediocre como para que se hubieran molestado en programar un servidor que lo desempeñara por él.

Maruc se sumergió en el sueño mientras le daba vueltas a esos pensamientos dentro de su dolorida cabeza. No se trató de un sueño que le reportara descanso, aunque no importó, porque, de todas formas, no duró demasiado.

La pantalla comenzó a chillar.

Maruc se alejó de la frontera del sueño con un sobresalto que aderezó con una retahíla de improperios, agarró el mando y lo juntó de nuevo a la batería de un manotazo. Bajó el volumen mientras con la mano que tenía libre comprobaba que no estuviera sangrando por los oídos.

No sangraban. Estaba casi sorprendido.

Un vistazo al crono digital de la pared le reveló que había estado dormido, o casi dormido, durante menos de cinco minutos. Era obvio que el monitor volvía a tener sonido, aunque ninguna otra distorsión que hubiera oído antes sonaba de esa forma. Este modelo le había dado una gran cantidad de problemas técnicos. La pantalla había crepitado, zumbado, chisporroteado y siseado antes. Jamás había chillado.

Legañoso y víctima de un dolor de cabeza palpitante, volvió a subir el volumen. El sonido aumentó en intensidad, aunque no en claridad. Se trataba de un agónico lamento mecánico, de un tono dolorosamente agudo; de un centenar de voces humanas, informes y átonas, deshumanizadas al estar ahogándose en estática. Aquello era todo eso y nada a la vez.

En lo alto, las luces parpadearon. Se acercaba otro corte de energía. Ganges era un antro de mala muerte, en el mejor de los casos, varado en la órbita alrededor de un mundo muerto situado en el culo de ninguna parte. La última vez que se había ido la luz habían pasado tres ciclos diurnos hasta que los técnicos consiguieron reanimar otra vez los generadores de iluminación. Lo que no había sido excusa para interrumpir el trabajo, claro; no con los programas de producción que cada sector debía cumplir. En aquella ocasión, todo el distrito oeste de la estación se pasó setenta horas trabajando a la luz de las antorchas. Docenas de obreros perdieron miembros o dedos, y aquella semana la lista de necrológicas era tan larga como el pergamino de oraciones diario de un santo.

Maruc se arrastró fuera del sofá justo cuando las luces se apagaron. Su andadura a tientas en la oscuridad lo llevó hasta la pared, y una vez ahí, abrió la cabina de suministros de emergencia que albergaba su lámpara de mano junto con un lote de cargadores de repuesto, útiles para cada uno de los escasos y simples electrodomésticos de la habitación. Siempre había sido un poco dejado para mantenerlos cargados, así que saber cuáles tenían energía iba a seguir siendo un misterio pendiente de resolverse. Bajo la luz trémula de su lámpara de mano, se llenó los bolsillos del mono de trabajo con ocho discos cargadores, que tenían el diámetro de la palma de una mano, y luego se tiró de nuevo en el sofá, a la espera del inevitable mensaje de megafonía dirigido al personal que les iba a exigir que todos «actuaran con normalidad» y que les anunciaría que la iluminación sería restaurada «a la mayor brevedad posible».

Por el Trono. Vaya un agujero.

Pasaron dos minutos, y éstos se convirtieron en cinco. Esos cinco se convirtieron en diez. De vez en cuando, Maruc encendía la lámpara, la apuntaba contra el crono de pared y fruncía el ceño al ver el tiempo que había pasado.

Por fin, el sonido de una sirena surgió del altavoz montado sobre la puerta. En lugar del mensaje automatizado que había estado esperando, el sistema de comunicaciones general de la estación emitió el mismo lamento estridente que su pantalla, sólo que el doble de alto. Maruc se llevó las manos con fuerza a los oídos, como si sus dedos y sucias palmas pudieran amortiguar un centenar de decibelios de alaridos demenciales. Le dio un golpe seco al cierre de la puerta con el codo y cayó de rodillas al pasillo comunal. Aquel ruido estridente también lo siguió hasta allí, pues también provenía de los altavoces de la cubierta. Se descorrieron otras puertas, aunque lo único que consiguió aquello fue amplificar el ruido: el chillido salió de las habitaciones individuales mientras otros miembros del personal salían trastabillando de sus propias cámaras.

—Pero ¿qué demonios está pasando?

Gritó la pregunta, pero nunca la oyó abandonar su garganta, ni tampoco le respondió nadie en las proximidades.

Arella había estado contando otra historia sobre su gato cuando todo se fue al infierno. La historia no es que fuera divertida ni interesante, pero

ahí, en la cubierta de vigilancia, cualquier cosa que hiciera pasar el tiempo se consideraba una distracción bien recibida. Sus turnos de trabajo casi siempre consistían en pasarse intervalos de doce horas observando pantallas de escáner que no mostraban nada, leer informes de la tripulación que nunca diferían en lo más mínimo con respecto a los días anteriores, así como discutir qué haría cada uno de ellos una vez se los destinase lejos de aquella estación de municiones destartada para, con suerte, volver al servicio naval propiamente dicho.

Hoy había ocurrido algo, y no era que la tripulación del cambio de turno estuviese encantada con ello, precisamente. Su primer oficial, Arella Kor, se sentía inclinada en grado sumo a desear que todo se hubiera quedado como estaba.

La batería de armas estaba activa y las torretas defensivas miraban fijamente al vacío. Los escudos estaban activados: esferas superpuestas de fuerza invisible que protegían el horrendo casco de la estación. Los ojos de Arella se perdieron en el temporizador de su consola. Habían pasado siete minutos y cuarenta y un segundos desde que había empezado la interferencia. Ella la llamaba «la interferencia» porque sonaba mucho menos preocupante que «el puñetero grito».

En aquel preciso instante, el puñetero gri... la interferencia se estaba transmitiendo por la red de frecuencias interna, a la par que profería gritos estridentes en todas y cada una de las cubiertas a un volumen exasperante. No podían apagarlo, y nadie sabía el porqué.

—Las luces acaban de apagarse en Oeste-Dos —exclamó uno de los oficiales—. Oh, mierda... Y en Este-Uno. Y en Este-Tres. Y en todo el sector Este. Y...

Por casualidad, las luces de la cubierta de mando se apagaron justo en aquel momento. Los generadores de reserva se pusieron en marcha, lo que los bañó a todos ellos en el rojo migraña de las luces de emergencia.

—Es una señal externa. —El oficial de la consola situado al lado de Arella dio unos golpecitos con el dedo a la pantalla, una de las pocas de la estación que todavía funcionaba—. Sea lo que sea eso, viene de fuera.

Arella resopló para apartarse de la cara un mechón de cabello. En la cubierta de mando siempre hacía demasiado calor, pues la filtración de aire nunca había funcionado bien, y el estrés tampoco ayudaba demasiado.

—¿Detalles?

Se secó el copioso sudor de la frente con la manga.

El oficial apuñaló la pantalla con el dedo otra vez.

—Una transmisión carente de fuente, hace diez minutos. La tengo aquí, registrada en el archivo. Cuando los cogitadores procesaron la señal para grabarla y archivarla, esta se... propagó. Como una enfermedad, casi. Ha inundado ciertos sistemas específicos de la estación, como la matriz de comunicaciones y las partes más primitivas de la red de suministro de energía.

Arella se mordió el labio inferior y se aguantó las ganas de soltar un taco.

—¿Y la gravedad?

—No se ha visto afectada.

—¿Qué hay de los escudos?

—Aún están activados.

—¿Atmósfera? ¿Soporte vital? ¿Armas?

—Todo en orden. Es una retahíla de código corrupto brutal, simple y aleatorio. No es capaz de desconectar nada complejo, tan sólo las comunicaciones, el auspex y... parece que la red de iluminación también está apagada. No son más que los sistemas más básicos, pero están invadidos por ese código intruso que impide que funcionen.

Ella volvió a mirar la pantalla del escáner, al mismo flujo de información corrupta que había estado viendo durante los últimos diez minutos.

—Los escáneres, las luces y la frecuencia. Estamos ciegos, sordos y mudos. Y sabes que nos van a pegar la patada en los dientes por esto, maldita sea. Los muy cabrones nos van a llenar de faltas los historiales. Ya verás.

Como si aquello fuera a suponer alguna diferencia, se abrochó con gesto ausente los botones de la chaqueta de su uniforme por primera vez en incontables turnos.

—¿Es que no te preocupa que pueda tratarse de un ataque? —le preguntó el otro oficial.

Arella negó con la cabeza.

—Nuestras armas y escudos todavía funcionan. No hay nada de lo que preocuparse, excepto de a quién va a inculpar el Mechanicum. Y ésos seremos nosotros. Esos chapuceros de mierda y sus márgenes de beneficios.

Hace tan sólo unos pocos años, a ella le habría preocupado toda aquella gente obligada a trabajar a oscuras. Ahora su principal miedo se lo re-

servaba para sí misma: el Adeptus Mechanicum no se iba a tomar bien la presencia de retrasos importantes en la producción, y todo ya iba mal de un centenar de formas diferentes. A este paso era probable que jamás se pudiera largar de Ganges.

El oficial que tenía al lado, Sylus, se rascó uno de los lados del mentón sin afeitarse.

—Así que nos interfieren las comunicaciones y caemos por debajo de los niveles de productividad críticos. Pues tampoco creo que sea culpa nuestra.

Arella luchó por mantener la paciencia. Sylus era nuevo en la estación, llevaba únicamente dos meses en su puesto y no había encajado bien. Los implantes biónicos que le reemplazaban la parte izquierda de la mejilla y la frente, así como el ojo, eran ridículamente caros: estaba claro que se trataba de un rico que jugaba a ser soldado. Quizá su acaudalado padre lo había mandado aquí como alguna especie de castigo, o bien era un topo del Adeptus Mechanicum que fisgoneaba buscando cagadas. Fuera cual fuese la verdad, era un jodido cabezota cuando quería serlo.

Ella resopló.

—¿A quién crees tú que van a echarle la culpa los chapuceros? Lo de «unos piratas nos interfirieron» no va a colar. ¿Por qué iba nadie a atacar un sitio así, joder? Aunque puedan evitar nuestras armas, sean quienes sean los de ahí fuera, aquí no hay nada que valga la pena llevarse.

Sylus no le prestaba atención. Arella se levantó del asiento con la boca abierta mientras miraba fijamente hacia la ventana de la cubierta de mando, a una nave que no debería estar allí.

El Pacto de Sangre había nacido en una época en la que la Humanidad no se conformaba con alcanzar las estrellas: la Humanidad quería conquistarlas. Por aquel entonces, grandes astilleros rodeaban los mundos del sistema solar, mientras el Emperador dirigía a la especie humana de regreso a la galaxia para emprender una cruzada cuyo objetivo consistía en unificar bajo su mando a todos los mundos dignos de ello.

Hace diez mil años, las embarcaciones producidas durante aquella era surcaban las estrellas, antes de que el redescubrimiento de las plantillas de construcción estándar homogeneizase la tecnología de toda la raza humana. Innovar no se consideraba pecado. La divergencia en nombre del pro-

greso era visionaria, no blasfema. Como muchas de las otras naves de guerra nacidas en aquellas primeras flotas, el diseño del *Pacto* tomó como base fragmentos de tecnología de PCE, si bien no se vio limitado a éstos.

Cuando navegaba a toda máquina, rasgaba el espacio como un grácil cazador cuyo diseño le debía tanto a los contornos de las naves de guerra de la antigua Gran Cruzada como a la angulosa estructura de un crucero de ataque del Adeptus Astartes.

El afecto que sentía el Elevado por su embarcación sobrepasaba el simple orgullo. El *Pacto* constituía un refugio, el santuario de ese ser en una galaxia que deseaba su destrucción, así como el arma que esgrimía en la Larga Guerra.

En su trono de mando, la criatura se relamió las mandíbulas mientras contemplaba, atenta, la escena de cómo se expandía en el oculus la estación Ganges. Se habían acercado hasta allí igual que un fantasma, sin que los detectaran ni los instrumentos de la estación ni las baterías de armas, pero a medida que se acercaban al borde invisible de los escudos de vacío de Ganges, era más fácil que pudieran ser detectados a simple vista.

—Más cerca, más —azuzó el Elevado a la tripulación del puente—. Mantened el Alarido.

El monitor de Arella aún mostraba una confusa tormenta de datos: imágenes parpadeantes que entraban con retraso, listados informativos y también señales que habían rastreado y que sencillamente no era posible que estuvieran ahí. En un instante registraba cincuenta y tres naves dispuestas unas casi encima de otras. Al siguiente, nada excepto espacio vacío.

En el exterior de la ventana panorámica, la nave se les acercaba. Las planchas de blindaje, con sus capas negras, bronce, cobalto y medianoche, reflejaban la mirada de las estrellas distantes.

—Parece un crucero de ataque de los Marines Errantes —comentó Arella—. Uno grande. —Se mordió el labio inferior, incapaz de apartar la vista de la nave que se aproximaba—. Se supone que los Marines Errantes no iban a volver a reaprovisionarse hasta el final del ciclo productivo, dentro de nueve meses y medio.

—No son los Marines Errantes —contestó Sylus—. No son ni sus colores ni su símbolo.

—Entonces, ¿quiénes demonios son?

Sylus soltó una risa baja y suave.

—¿Y cómo voy a saberlo?

Arella se volvió a sentar mientras respiraba a través de los dientes apretados.

—¿Cómo es que no estamos disparando? —Sintió que había alzado tanto la voz que la pregunta corría el peligro de sonar como un lloriqueo—. Tenemos que disparar.

—¿Contra marines espaciales imperiales? —Uno de los otros oficiales parecía consternado—. ¿Te has vuelto loca?

—¿No ves que están invadiendo nuestro espacio sin dejar claras sus intenciones, que ni se han molestado en saludarnos y que nos están interfiriendo los sensores hasta hacerlos inservibles? ¿Y que encima se acercan a velocidad de atraque a un puesto fronterizo del Mechanicum repleto de recursos para compartir con el capítulo de los Marines Errantes? Pues sí, sí que deberíamos defendernos. —Maldijo otra vez—. Tenemos que disparar, sea como sea.

—¿Aunque no seamos capaces de fijar ningún blanco?

Sylus se resistía a ceder al pánico bromeando. Si acaso, parecía estar casi aburrido, a la vez que trabajaba en su consola y recalibraba diales con la paciencia digna de un ladrón de cajas fuertes.

—¡Pues haz que la estación de defensa dispare las armas en modo manual!

En aquel momento, Sylus frunció el ceño mientras intentaba escuchar por el auricular.

—La frecuencia interna está desconectada. ¿Qué quieres que haga, Arella? ¿Gritar por el pasillo y esperar que toda la estación lo oiga? Ahí abajo están ciegos, de todas formas. La luz se ha ido. ¿Cómo van a llegar hasta las plataformas de las torretas?

Ella apretó los dientes, pendiente de la nave de guerra que se aproximaba cada vez más a ellos. Había casi tres mil personas a bordo de Ganges, por no olvidar que contaban con la potencia de fuego suficiente como para deshacerse de una flota pirata al completo. Y ahora, cuando era sólo una nave la que les apuntaba al corazón, las únicas personas que lo sabían no podían avisar a la gente que de verdad podría hacer algo al respecto.

—Disparemos a ciegas.

—¿Qué?

—Abrid las portillas de armas. Haremos que las baterías de artillería

orientales disparen a las coordenadas aproximadas de la nave. Programadlo como si fuera un simulacro con fuego real. ¡Funcionará!

—Buena idea.

Sylus se llevó la mano a la pistola que tenía enfundada y, sin dudarle ni un instante, apuntó y disparó con un único movimiento fluido. El disparo restalló en la pequeña cámara a un volumen asombrosamente alto. Arella se desplomó de su silla como si la hubieran deshuesado, con un agujero perfecto taladrado en la frente. Una papilla húmeda decoró la pared que tenía detrás.

—Y habría funcionado —sentenció Sylus.

En cuanto a los demás oficiales del turno, dos se quedaron estupefactos, mientras que el tercero se llevó la mano a la pistola. Ése fue el que murió primero, y profirió una serie de gritos ahogados en su asiento a la vez que Sylus le pegaba tres tiros en el pecho. Los otros dos intentaron huir. Sus planes acabaron con sendos disparos en la cabeza, cosa que roció de más fragmentos craneales y masa cerebral oscura la cámara de control.

—Un trabajo sucio —murmuró Sylus.

Echó de una patada a uno de ellos de su trono de control recubierto de cuero y empezó a manipular la consola, atendiendo a varios de los sistemas principales de la estación en una rápida sucesión. Las compuertas de armas permanecieron cerradas; le había vedado a un centenar de torretas la energía que éstas necesitaban para activarse. Los muelles de lanzamiento y las colmenas de cápsulas de escape quedaron bloqueadas al haberlas desprovisto por completo de energía, lo que había dejado atrapado a todo el mundo dentro de la estación. Por último, los escudos de vacío se colapsaron al privarlos de la energía que los nutría y al aislarlos de los generadores de reserva. Las alarmas comenzaron a gemir en el interior de la cámara, pero él las desactivó casi de inmediato. ¡Qué sonido tan irritante, ese!

Sylus respiró hondo. Tuvo ganas de poner las botas encima de la consola, pero, y esto le resultaba extraño, le pareció que no había necesidad de ser tan irrespetuoso. En vez de eso, se puso en pie, recargó la pistola, y se dirigió a la consola de comunicaciones en la que había estado sentado antes.

Una única luz azul parpadeaba. Mensaje entrante. Lo abrió.

—Informa.

La voz que surgió del enlace de voz era una mezcla de gorgoteo y rugido.

—Aquí Septimus —contestó—. La estación Ganges es vuestra, mi señor.



«Las ratas siempre sobreviven.»

No había nada en ese pensamiento que le inspirase orgullo, no obstante, era bochornoso lo adecuado que resultaba.

—Vamos —susurró Maruc por encima del hombro.

Él había durado más que la mayoría en aquel oscuro mundo carmesí de luces de emergencia. Los tres hombres se desplazaban por el corredor con las lámparas de mano irradiando estrechos rayos de luz por delante de ellos. Cada vez que una lanza de luz le daba una pincelada a la pared, los indicadores pintados sobre el fuselaje proclamaban que el pasadizo era el E-31:F. Maruc siempre evitaba a toda costa los pasillos principales de la estación. Desde que los asesinos habían llegado, no existía un solo lugar que fuera del todo seguro, pero lo cierto era que Maruc había sobrevivido unos cuantos ciclos diurnos más que la mayoría por haber sido cauteloso ante todo. Se ceñía a los pasadizos terciarios y a los conductos de mantenimiento siempre que le era posible.

Sabía queapestaba después de haber soportado las setenta y nueve horas en las que había reptado por la oscuridad con el cuerpo sucio, y sus ojos eran charcas de dolor, pues tenía la vista cansada de estar forzándola permanentemente. Pero estaba vivo. Como una rata, había sobrevivido al mismo tiempo que oía los ecos de los gritos lejanos, los tiroteos y las carcajadas que se abrían paso por el esqueleto mecánico de la estación Ganges.

Lo peor de todo era el frío. ¿Cómo podía ser tan intenso que quemara?

Las paredes de metal que los rodeaban estaban pintadas con diamantes al formarse cristales de hielo. El vaho les abandonaba los labios y la nariz en finas volutas que se llevaban el preciado calor con ellas. No es que Maruc fuera doctor, pero sabía que no iban a sobrevivir a otra noche en aquella sección de la estación. Los asesinos, fueran quienes fuesen, habían destruido los intercambiadores de calor en el sector este. Quizá querían sacar a lo que quedaba de la tripulación de sus escondites. Era posible. O quizá se habían aburrido de la cacería y lo único que pretendían era matar por congelamiento a la tripulación superviviente dondequiera que ésta se escondiese. Ninguna de aquellas ocurrencias era demasiado reconfortante.

—¿Habéis escuchado eso? —susurró Maruc.

Por delante de ellos, algo de metal golpeteaba rítmicamente contra una superficie también metálica. Maruc hizo que se detuvieran, y con sus tres lámparas escrutaron lo que se extendía por delante de ellos pasillo abajo. Nada. Un pasillo vacío. El repiqueteo no se detuvo.

—Es una turbina de ventilación —susurró Joroll—. No es más que un ventilador.

Maruc se apartó de los sorprendidos ojos del otro hombre, así como de su aliento rancio.

—¿Estás seguro?

—Nada más que un ventilador. Creo. —Joroll tenía la voz tan trémula como las manos—. He trabajado en esos conductos. Conozco los sonidos que hacen.

«Pues claro que sí —pensó Maruc—, pero eso fue antes de que empezases a delirar.»

Joroll había dejado de estar en sus cabales más rápido que los demás. Ya había empezado a mearse encima sin darse cuenta. Al menos, cuando Maruc lo hacía, era para mantener el calor. Otra técnica de supervivencia.

«Las ratas siempre sobreviven», pensó otra vez, con una fea sonrisa.

—Vamos, entonces.

Se desplazaron con sigilo exagerado, sin conocer en absoluto la capacidad perceptiva de los asesinos. Joroll había visto a uno con mayor claridad, pero se negaba a hablar de ello. Dath, en la retaguardia del trío, aseguraba haber visto más que Maruc, pero aquello tampoco quería decir mucho: una inmensa silueta de ojos rojos que gritaba con la voz de una máquina. Dath se había lanzado de cabeza por una escotilla de manteni-

miento antes de llegar a ver nada más y había dejado, en medio de jadeos, a sus trabajadores atrás, los cuales fueron despedazados mediante métodos muy ruidosos. Un asesino había bastado para despachar a quince personas.

Maruc no podía igualar un avistamiento de ese calibre. Tenía la sospecha de que era justo ése el motivo por el que todavía seguía con vida. Se había quedado en los pasadizos más estrechos nada más escuchar los primeros informes de la llegada de los asesinos a bordo, y sólo salía de su escondite cuando era necesario asaltar las despensas o saquear los almacenes de material en busca de paquetes de baterías.

Ahora hacía demasiado frío como para hacer eso; era hora de emprender la marcha y rezar para que las demás secciones de la estación todavía tuvieran calefacción. Durante un tiempo consideró la idea de abandonar, de limitarse a tumbarse en el angosto espacio de la escotilla de mantenimiento, que pasaría a ser su madriguera improvisada, y esperar a que el frío se lo llevase. Puede que nunca se descompusiera tras haber muerto. Al menos hasta que los equipos de rescate del Adeptus Mechanicum llegaran para reactivar los intercambiadores de calor... Entonces, con toda seguridad, se derretiría y quedaría convertido en un pútrido charco burbujeante sobre el acero.

En el siguiente cruce, Maruc se quedó un largo rato esperando e intentó por todos los medios a su alcance oír algo por encima del sonido de sus propias pulsaciones. Luego empezó a caminar por el pasadizo de la izquierda.

—Creo que vamos bien —les susurró.

Joroll negó con la cabeza. Se había quedado quieto en su sitio.

—Por ahí no es.

Maruc oyó suspirar a Dath, pero éste no dijo nada.

—Por aquí se va al comedor —le dijo Maruc de la manera más suave y tranquila de la que fue capaz—, y necesitamos víveres. No es momento para discutir, Jor.

—Al comedor no se va por ahí. Es por la derecha.

Joroll señaló hacia el corredor opuesto.

—Por ahí se va hacia la cubierta técnica del área este —respondió Maruc.

—No, no es así —Joroll replicó alzando la voz con un quejumbroso matiz—. Deberíamos ir por aquí.

El ventilador en las cercanías continuó con sus lentos chasquidos.

—Venga, vámonos ya —le dijo Dath a Maruc—. Dejémoslo tirado.

Joroll se pronunció antes de que Maruc tuviera que decidir qué hacer, cosa que el veterano trabajador del manufactorum le agradeció.

—No, no, voy con vosotros. No me dejéis atrás.

—Baja la voz —dijo Maruc con suavidad, sin tener idea alguna de si aquello llegaría a cambiar algo las cosas—. Y mantened bajas las lámparas.

Maruc encabezó la marcha. Otro desvío hacia la izquierda. Otro más. Luego un largo pasillo y después hacia la derecha. Se quedó inmóvil en la esquina y, con cierta renuencia, apuntó con la lámpara pasillo abajo, a las compuertas dobles de la entrada del comedor.

—No... —dijo con voz queda, con tan poca fuerza que no llegaba ni a ser un susurro.

—¿Qué pasa? —siseó Joroll.

Maruc entrecerró sus congestionados ojos mientras dejaba que el foco de luz recorriese las puertas destrozadas. Habían separado los mamparos de los goznes, hasta haberlos arrancado de la pared y convertido en un desastre de metal torturado y retorcido.

—Nada bueno —murmuró Maruc—. Los asesinos han estado aquí.

—Han estado en todas partes —añadió Dath. Sus palabras salieron casi como un suspiro.

Maruc temblaba a causa del frío cortante, mientras el haz de luz de su lámpara era víctima del temblor de sus manos.

—Vamos —susurró—. Y ni una palabra.

Cuando se acercaron a las puertas rotas, Joroll olisqueó el aire.

—Huelo algo.

Maruc inspiró con lentitud. El aire estaba tan frío como para escaldarle los pulmones con fuego gélido, pero seguía sin ser capaz de oler una mierda, aparte del metal mojado y su propio hedor, claro está.

—Yo no huelo nada. ¿De qué se trata?

—Olores. Malos olores.

Maruc se apartó de Joroll, que lo miraba con ojos llenos de temor. Estaba delirando, sin duda. Maruc fue el primero en girar la esquina. Entró con sumo sigilo por uno de los bordes del acceso desgajado a la vez que echaba un vistazo por la espaciosa cámara bañada por las luces rojas de emergencia, aunque fue incapaz de discernir ningún detalle en medio

de aquella penumbra. Las mesas, docenas de ellas, yacían volcadas y tiradas por los alrededores, abandonadas en donde habían caído. Las paredes estaban ennegrecidas y agujereadas por obra y gracia de los disparos, y toda una legión de sillas estaba desparramada por el suelo; los restos evidentes de una inútil barricada. Cadáveres, montones de cadáveres, yacían con la mitad del cuerpo sobre las mesas, así como tumbados con los brazos abiertos de par en par sobre el suelo cubierto de hielo. Sus ojos relucían de escarcha, mientras que las manchas de sangre se habían transformado en preciosos charcos de rubí cristalino.

Al menos, nada se movía. Maruc alzó la lámpara para que la luz iluminase la estancia. La oscuridad desapareció, lo que además reveló aquello que las luces de emergencia no habían mostrado.

—¡Por el Trono del Dios Emperador! —susurró.

—¿Qué pasa?

De inmediato, bajó el haz de la lámpara.

—Quedaos aquí. —Maruc no se iba a arriesgar a que Joroll hiciese gala de su escasa cordura en una situación como ésta—. Vosotros quedaos ahí, yo cogeré lo que nos hace falta.

Entró en el comedor. Sus botas hacían crujir la escarcha carmesí de los charcos de sangre congelada. Su aliento era una neblina blanca que formaba volutas por delante de su rostro a medida que caminaba bajo aquella luz diáfana. Tratar de no chocar con los cuerpos no era tarea fácil: Maruc evitaba tocarlos a toda costa, aunque era incapaz de evitar mirarlos. La imagen, a la que la lámpara había otorgado una calidad tenebrosa con su luz, resultaba todavía más obvia de cerca: ni uno solo de los cadáveres de la cámara se había librado de que lo profanaran. Pasó con cuidado por encima de una mujer desollada, y rodeó un montoncito de tiras de cuero en el suelo, que era donde se había congelado la carne sobrante. Mientras lo hacía, aquel rostro descarnado de venas al descubierto y músculo ennegrecido le ofrecía una sonrisa dentada.

Algunos de los cuerpos eran poco más que esqueletos rojizos que el hielo había resecado y que yacían rígidos entre las mesas, carentes de algún miembro o de todos ellos por completo. El frío había hecho mucho por disimular el olor, aunque ahora Maruc entendía de qué hablaba Joroll.

Avanzó con sigilo hasta la compuerta cerrada del almacén y rezó para que la válvula de la cerradura no rechinase al girarla. Maruc agarró el

metal gélido con las manos y efectuó un movimiento de volante. Por una vez, la fortuna le sonrió: el cerrojo cedió con un tirón súbito y, gracias al lubricante, se desbloqueó. Tras inspirar hondo, Maruc tiró de la compuerta para abrirla, lo que descubrió el almacén que había detrás.

Parecía ser que no lo habían saqueado. Había estanterías con cajas de paquetes de raciones deshidratadas, así como contenedores de producto cárnico reconstituido; estos últimos mostraban con orgullo la estampa del águila imperial o del engranaje de Marte. Maruc se había adentrado tres pasos cuando oyó el grito detrás de él.

Sabía que podría esconderse. Podría cerrar la puerta del almacén y congelarse hasta morir en soledad, o bien encontrar un escondrijo y esperar a que acabase lo que fuera que estuviese ocurriendo. Después de todo, la única arma que tenía en sus manos entumecidas era la lámpara.

Joroll volvió a proferir un grito húmedo y repugnante. Antes de haberse dado cuenta, Maruc ya había echado a correr con pasos pesados sobre el suelo congelado.

Uno de los asesinos entró en el comedor agarrando a Joroll y a Dath, a quienes llevaba a rastras. ¡Por el Trono!, aquella cosa era inmensa. En medio de esa penumbra roja, su armadura negra era como una mancha de tinta derramada sobre sangre, y el atroz zumbido que surgía de su generador de energía interno bastaba para darle dentera a Maruc.

Joroll no era más que un peso muerto en la mano del gigante, pues aquel oscuro puño se cerraba alrededor de una garganta que no debería ser capaz de doblarse tanto hacia atrás. Dath aún pateaba y gritaba, mientras el asesino le tiraba del pelo y le arrastraba con él.

Con manos sudorosas, Maruc le lanzó la lámpara de mano. Ésta rebotó contra el emblema del cráneo con alas que adornaba la hombrera del asesino, al que no hizo ni un rasguño, y dio vueltas en el aire conforme se alejaba.

Eso instó al asesino a darse la vuelta y rugir dos palabras a través de los altavoces del casco:

—Ya veo.

Con despreocupada indiferencia, el asesino arrojó a un lado el cadáver de Joroll, que cayó inerte sobre una mesa, al lado de un cuerpo desollado. Dath forcejeaba bajo la presa del monstruo y pateaba contra el suelo cubierto de escarcha a la vez que, con manos entumecidas, fracasaba en

su intento de abrir a la fuerza el puño que lo asía del largo y grasiento pelo.

Maruc no huyó. Le dolían hasta los huesos por culpa del frío y los espacios estrechos, y estaba medio muerto de hambre y agotado por haberse pasado tres noches sin dormir. Estaba harto de vivir como una rata y de que la única emoción lo bastante fuerte como para franquear las penurias que provocaban el hambre y el lento avance de la congelación no fuera otra que el miedo desmedido. Demasiado cansado como para obligarse a emprender el inútil gesto de huir, permaneció en la cámara repleta de cuerpos desollados y se enfrentó al asesino. Morir no podía ser peor que vivir así, ¿verdad?

—¿Por qué hacéis esto? —Maruc expresó en voz alta el pensamiento que le había estado rondando la cabeza durante días.

El asesino no se detuvo. Una mano acorazada, sobre la que ya se formaba una capa de escarcha, agarró a Maruc por la garganta. La presión que ejercía era peor que el frío que transmitía. Sintió cómo le rechinaba y crujía la columna vertebral, aparte de la asfixia que le provocaba la presión en la garganta, igual que si tuviera un puñado de uvas dentro del cuello. El asesino lo levantó del suelo con lentitud y cuidado, mientras la ira rezumaba del cráneo que tenía pintado en la placa facial.

—¿Me lo preguntas en serio? —El asesino inclinó la cabeza hacia un lado y le clavó los lentes oculares de color rojo—. ¿Es algo de lo que deseas saber la respuesta, o es que tu mente ya no da más de sí por el pánico que sientes?

La presa sobre su garganta se aflojó lo suficiente como para permitirle hablar y de paso tomar unas pocas bocanadas depreciado aire. Todas y cada una de las convulsiones que sufrieron los pulmones de Maruc absorbieron aireapestoso al interior de su cuerpo, lo bastante frío como para que le doliera.

—¿Por qué? —obligó las palabras a salir por sus dientes manchados de saliva.

El asesino habló guturalmente desde el casco con semblante de cráneo.

—Porque yo hice este imperio. Lo construí, noche tras noche, con mi sudor, mi orgullo y una espada en las manos. Lo compré con la sangre que derramaron mis hermanos de sus venas mientras luchábamos al lado del Emperador, cuya luz nos cegaba en la época anterior a que lo enterraseis

como a un mesías. Tú, mortal, vives sólo gracias a mi obra. Tu existencia es mía. Mírame. Sabes lo que soy. Busca más allá de lo que no puede ser verdad y contempla aquello que aferra tu vida en sus manos.

Maruc sintió que la orina le corría por la pierna y le hervía la piel. Los ángeles caídos del Gran Traidor. Mitología. Una leyenda.

—Son sólo leyendas —graznó mientras colgaba sobre el suelo—. Sólo leyendas. —Su aliento empañó la armadura del guerrero.

—No somos leyendas. —El puño del asesino se tensó otra vez—. Nosotros somos los arquitectos de tu imperio, desterrados de las páginas de la historia y traicionados por el cascarón al que adoráis mientras se pudre en un trono de oro.

Los lacrimosos ojos de Maruc repararon en el águila de plata que engalanaba la placa pectoral del asesino. Un hereje llevaba el águila imperial, agrietada y estropeada.

—Nos debes la vida, mortal, por lo que te daré a elegir. Servirás a la VIII Legión, o morirás gritando —le prometió el asesino.